

La educación en el contexto eclesial evangélico

Por Dr. David Suazo

Director Programa Doctorado en Educación Teológica, SETECA

Introducción

¡La educación en nuestra sociedad está en crisis! ¡La educación cristiana en nuestras iglesias locales también está en crisis! ¿Será la una un reflejo de la otra? En parte sí en parte no. Lo que sucede a nivel de la sociedad en general también se refleja al nivel de las iglesias locales y de las denominaciones. Al mismo tiempo, la realidad de las iglesias locales tiene su propia dinámica que responde también a la tradición eclesiástica que trasciende una sociedad en particular. En mayor o menor grado todas las iglesias locales en Guatemala son deudoras a una tradición eclesiástica que viene de afuera y que ha moldeado nuestra identidad, así como aquello que hacemos, incluida la educación cristiana. La tarea de hacer un análisis de la educación en el contexto eclesial guatemalteco es demasiado para esta conferencia dadas las limitaciones de tiempo y espacio. Sin embargo, intentaremos hacer algo que sea útil en el ministerio educativo de nuestras iglesias.

Las iglesias evangélicas siempre han tenido ministerios educacionales. Algunas iglesias están tan bien organizadas que tienen todo un departamento de educación cristiana como parte de su estructura organizacional. Hay unas pocas que incluso tienen personal a tiempo completo para el desarrollo de este ministerio. La gran mayoría de iglesias funcionan de manera empírica e intuitiva, es decir, haciendo lo que se pueda con los pocos recursos disponibles. La mayoría de las iglesias concentra el desarrollo del ministerio educativo en la tradicional escuela dominical, pero normalmente se agregan otros ministerios como clubes infantiles, escuelas bíblicas de vacaciones, campamentos, etc.

A estas alturas de la historia de la escuela dominical y de los otros ministerios educativos de la iglesia, las cosas han cambiado tanto que ya no somos efectivos. Los ministerios educativos de la iglesia se están quedando atrás. Me atrevo a decir que ya están en categoría de obsoletos, tanto en los contenidos que se enseñan como en las metodologías de enseñanza. ¿Qué significa enseñar la Biblia? ¿Qué se ha enseñado de la Biblia y cómo se ha enseñado hasta ahora? ¿Es la escuela dominical y los otros ministerios tradicionales los

únicos y mejores medios para enseñar la Biblia? ¿Qué dicen las nuevas tendencias educacionales a nivel secular y cristiano?

En esta conferencia enfocaremos básicamente las ideas principales detrás de una nueva filosofía de la educación en nuestras iglesias con énfasis en la finalidad de la educación cristiana. Veremos el carácter liberador de la educación, así como su carácter perturbador, potenciador y transformador. También analizaremos la situación actual y los desafíos que enfrentamos por delante.

Educación liberadora

Jesucristo dijo “la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Los evangélicos hemos interpretado estas palabras de Jesús en un sentido místico, espiritual solamente, como si Jesús estuviera hablando solamente de eso. En nuestras iglesias tenemos en gran estima la verdad del evangelio y la enseñamos, pero no siempre con la finalidad de liberar a nuestros estudiantes, sino más bien de inculcarlos en esa verdad. La auténtica educación cristiana libera. Los maestros somos liberadores. Sin embargo, con demasiada frecuencia se ve a los sistemas educativos, a las escuelas, a las iglesias y a los maestros como opresores y como domesticadores de los estudiantes. En lugar de domesticar estudiantes debemos dedicarnos a liberarlos de las opresiones diversas que experimentan (espirituales, mentales, emocionales, físicas, económicas, etc.)

Educación perturbadora

Paulo Freire llamaba a esta característica de la educación “problematizadora”. La educación y los educadores cumplen bien su función cuando perturban en el buen sentido a sus estudiantes. Otros llaman a esto causar desequilibrio al educar, porque se rompe un equilibrio cómodo y pasivo que abunda en estudiantes y maestros. Jesús perturbó a sus discípulos cuando les enseñaba. Los ponía en aprietos y los obligaba a pensar o a repensar lo que ya sabían y cosmovisión natural de la sociedad religiosa judía de aquella época.

No se trata de cuestionarlo todo simplemente por cuestionarlo, pero si se trata de enseñar a los estudiantes a no tragarse todo así no más. Se trata de sacudir su cabeza, su corazón para que reaccionen y se propongan algo en su vida. La educación perturbadora produce

inconformidad con las cosas como están. Esta es la semilla que germinará para que nuestros estudiantes lleguen a convertirse en agentes de cambio y comprometerse con el servicio más allá de sus límites tradicionales. Si nuestra educación en la iglesia no produce esto algo anda mal. Un paso inicial es darnos cuenta que no estamos satisfechos con la situación como está. Para lograr eso se necesita una educación perturbadora en el sentido que hemos descrito aquí.

Educación potenciadora

Ahora está de moda el término “empoderar” del inglés “empowerment”. Yo prefiero usar la expresión “potenciar” porque la veo más relacionada con el concepto que quiero compartir. Para empezar decimos que la imagen de Dios en el ser humano lleva intrínseca la idea de crecer, de desarrollarse y de progresar. De esto es que hablamos cuando decimos que la educación es potenciadora. Una auténtica educación cristiana promueve, estimula y alimenta el desarrollo de las personas hasta alcanzar su pleno potencial. Esto se traduce en una educación que hace de sus educandos no meros repetidores y reproductores de lo que reciben, sino productores de cosas nuevas. Nuestros sistemas educacionales se han concentrado en medir los logros y el avance de los estudiantes simplemente haciéndolos repetir y reproducir lo que han recibido. Esto limita y hasta anula el potencial que los estudiantes tienen para ir más allá de lo que reciben.

Esta educación enseña a aprender, a ser curiosos, a ser inquietos, no simplemente a complacer a los profesores o a los padres o a los pastores. Esto puede ser peligroso, pero es un riesgo que debemos correr si queremos ver cosas nuevas en la vida de los estudiantes y más allá. Eventualmente esta educación producirá los agentes de cambio que tanto necesitan nuestra iglesia y nuestra sociedad.

Educación transformadora

Al fin y al cabo la meta última de la auténtica educación cristiana es la transformación de las personas, de las comunidades de fe y de la sociedad. Esta meta está directamente ligada con la meta divina del cambio, de la conversión, de la transformación. Esto es precisamente lo que Dios busca.

Se trata de una transformación integral que incluye todos los elementos de la vida individual y colectiva. Todos queremos cambios en la conducta, en las actitudes, en los valores de los educandos. Sin embargo, también anhelamos cambios en los sistemas, las estructuras, las leyes, los procedimientos, etc. de nuestras iglesias y de nuestra sociedad. Los maestros cristianos en las iglesias y en las instituciones cristianas de educación son personas clave en este proceso de transformación.

¿Cómo alcanzamos esta clase de educación?

Tomando el riesgo de sonar pretensioso o petulante me atrevo a sugerir algunas ideas para lograr una educación liberadora, perturbadora, potenciadora y transformadora. Presentaré solamente cuatro ideas, aunque habría muchas más.

1. Recuperemos la pasión por el estudio bíblico

Hace tres años (2011) en una consulta del Centro Esdras muy similar a ésta yo presenté este asunto como parte del desafío que enfrentamos para el discipulado en estos tiempos. Reproduzco aquí lo dicho en aquella ocasión.

El mayor desafío en esto no es atacar las otras cosas que están quitando el interés por estudiar la Biblia, sino recuperar la pasión por enseñar y aprender la Biblia. Los principales responsables del desinterés por estudiar la Biblia no son las cosas de “afuera”, sino nosotros mismos dentro de la iglesia. Los pastores, maestros, líderes juveniles hemos matado el estudio bíblico. Lo hemos convertido en la cosa más aburrida del mundo. La clase de escuela dominical es la hora más aburrida de la semana para los adolescentes y jóvenes y para muchos adultos también. ¿Cómo podemos cambiar esto?

1. La pasión se ve, se percibe y es contagiosa.
2. “Rascar donde pica”: el desafío de la pertinencia
3. Conocer la Biblia: el desafío del criterio bíblico
4. Saber cómo enseñar: el desafío de la comunicación

2. Recuperemos el carácter relacional de la educación

La educación es fundamentalmente relacional como la vida misma. Las cosas más importantes de la vida no las aprendemos en un salón de clases, sino en ambientes “normales” como el hogar, un paseo, una situación crítica y otros similares. La educación escolarizada es relacional, interesantemente, “fuera del salón de clases” en los torneos deportivos, en los viajes educativos, en los desfiles, en las charlas y conversaciones con los profesores “fuera del salón de clases”. ¿Qué es lo que más recuerdan los estudiantes de sus años en la escuela? ¿Las clases de Historia o matemáticas? ¿Las molestaderas con los compañeros? ¿Los paseos, retiros o campamentos? Todos sabemos la respuesta.

La iglesia ha reproducido la educación escolarizada del sistema educativo de la sociedad. Lo único que hemos quitado son las tareas y los exámenes, pero en todo lo demás somos muy similares. Propongo que “desescolaricemos” la educación cristiana, al menos en la iglesia local y con los adolescentes, los jóvenes y los adultos. Quizá no sea necesario hacer esto tan radical con los niños, pero eso no significa que debemos seguir haciendo lo mismo que hemos estado con ellos por décadas.

Tenemos que reinventar la educación en la iglesia para hacerla más relacional. Esto significará mayor inversión de tiempo, esfuerzo y recursos por parte de maestros, administradores y estudiantes. La construcción de relaciones toma tiempo, pero si queremos de veras tener impacto en la vida de nuestros estudiantes tenemos que hacerlo. No se trata de construir relaciones utilitarias solamente para cumplir mis propósitos educacionales, sino genuinas. Si hay algo que las nuevas generaciones detectan rápido es la autenticidad de nuestras relaciones, especialmente cuando se trata de adolescentes y jóvenes.

3. Fortalezcamos el carácter informal de la educación

Una característica distintiva de la nueva cultura postmoderna es la informalidad. Los adultos nos asustamos con esto, porque hacemos equivalente la informalidad con la irresponsabilidad, el descuido o la rebeldía de los jóvenes. Sin embargo, informalidad no es lo mismo que irresponsabilidad, descuido o rebeldía. La informalidad postmoderna es un elemento liberador y se observa en varios aspectos: 1) el vestuario y la apariencia física, 2) las actividades y 3) el trato con las personas, especialmente con los adultos. Esta característica, aunque nos parezca atrevida e irrespetuosa es una gran aliada de la educación, especialmente en el contexto de la iglesia local. Nuestras iglesias y sus

ministerios educativos son muy formales. Esto ahuyenta a los estudiantes de las nuevas generaciones e inhibe su aprendizaje y su desarrollo.

¿Por qué no experimentamos con cosas nuevas y atrevidas? ¿Por qué en vez de tener una clase formal en un salón tradicional no salimos a tomar un café y charlar alrededor de la mesa con los estudiantes? Muchas veces una conversación “informal” puede ser más efectiva y enseñar más y mejor las verdades bíblicas que una clase formal.

4. Fomentemos el pensamiento crítico

Hoy se habla mucho del pensamiento crítico en la educación secular. La razón de este énfasis es la ausencia de ese pensamiento en la educación tradicional en la cual los estudiantes simplemente repiten y reproducen la información (no el conocimiento) que han recibido. Obtener pensamiento crítico no riñe con la pasión, ni con lo relacional o informal de la educación. Se puede tener ese pensamiento y al mismo tiempo tener una educación informal. En la educación secular formal se pretende fomentar el pensamiento crítico a través de medios algo tradicionales como la lectura y análisis de un libro que es una buena práctica. En la educación cristiana tenemos un mejor libro de texto para fomentar el pensamiento crítico: la Biblia misma.

Conclusión

A simple vista lo que hemos presentado aquí suena muy complejo y difícil de implementar, pero no lo es tanto. No se requiere grandes inversiones de recursos ni grandes planes ni proyectos. Solamente se necesita un cambio de mentalidad con una pizca de valentía. ¿Se atreven?